

ANDRÉ LOUF

# INICIACIÓN A LA VIDA ESPIRITUAL

El camino hacia el hombre interior

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2018

Imagen de cubierta: Acuarela de José María de la Torre, 1971

Tradujo Luis Rubio Morán de la versión italiana  
*Consigli per la vita spirituale y L'uomo interiore*

© Edizioni Qiqajon, Comunità di Bose 2007 y 2009  
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2011  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2011-6  
Depósito legal: S. 361-2018  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

## I

### CONSEJOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL

1. Algunas constantes del itinerario espiritual de un cristiano .....	11
2. Una vida que pasa por etapas sucesivas .....	17
3. La vida es el punto de partida y la clave de la experiencia cristiana .....	19
4. Una vida nacida de la Palabra y alimentada por ella .....	23
5. Descender a la propia interioridad, al «hombre interior» .....	29
6. Las etapas del crecimiento espiritual .....	33
1. Primera etapa: la vía activa .....	35
2. Segunda etapa: la vía pasiva .....	37
a) El paso de la tentación .....	49
b) El quebranto del corazón .....	52
3. Tercera etapa: la vía unitiva .....	57

## ALGUNAS CONSTANTES DEL ITINERARIO ESPIRITUAL DE UN CRISTIANO

Unas palabras para explicar este título: voy a hablar de la experiencia cristiana como de un «itinerario», de un «camino», de acuerdo con el lenguaje del Antiguo Testamento, donde se habla de «caminar en presencia de Dios» (Gn 17, 1; 48, 15; 2 Cr 6, 14), o de «seguir los caminos del Señor» (por ejemplo, Dt 8, 6; 10, 12; 11, 22; 2 Cr 6, 31; Sal 81, 14). «Itinerario» evoca movimiento, y movimiento hacia delante.

Este itinerario se califica como «espiritual». Con este término no se quiere indicar, como es habitual, una distinción y separación entre espíritu y cuerpo, entre dos componentes del ser humano, los inateriales y los materiales. Se indica únicamente que en este camino solo se avanza si se es guiado por el Espíritu con mayúscula, el Espíritu Santo. Este

sentido permite, al mismo tiempo, no olvidar la intuición tan felizmente formulada por Péguy: «Lo carnal también es espiritual».

Voy a poner de relieve algunas constantes de este itinerario espiritual que, en mi opinión, definen el de todo cristiano. Estas matizaciones me permiten añadir dos consideraciones preliminares con las que quiero encuadrar el tema y, ante todo, aclarar mi punto de partida.

En primer lugar, que se trata del itinerario «de un cristiano». Resulta obvio que la experiencia espiritual –con la «e» minúscula–, incluso la experiencia mística entendida en el sentido amplio de la palabra, no es exclusiva de la fe cristiana. También en otras partes, en otras religiones e incluso dentro de otras culturas, se dan auténticas experiencias espirituales. Podría haber cedido a la tentación de confrontar la experiencia propiamente cristiana con la de otras religiones, procurando, por ejemplo, mostrar en qué coinciden, o en qué se diferencian, y sobre todo si todas ellas conducen al mismo Ser supremo, al mismo Dios. De esa manera podría haber redactado un curso de espiritualidad comparada de las religiones, proyecto legítimo, pero que no es el que pretendo abordar aquí. Y no solo porque considero que mi formación es insuficiente para una tarea semejante, sino sobre todo porque, a mi

juicio, disertar sobre otras experiencias espirituales estando fuera de ellas significa tener que tratarlas de modo abstracto, a partir de indicios externos, y, por lo tanto, verse casi inevitablemente obligado a hacer lo mismo con el itinerario cristiano, algo que no deseo hacer.

Me propongo, pues, describir la experiencia cristiana desde mi propia implicación personal en ella, en la medida en que –como probablemente la mayor parte de los lectores– participo de esta experiencia y, aun dentro de mis limitaciones, me siento «llevado» por ella. En todo caso, ¿se puede hablar de una experiencia si, de alguna manera, no estamos inmersos en ella?

Además –y esta es la segunda observación previa–, el cristianismo ha sido vivido y se ha expresado a lo largo de su historia de múltiples formas, que han seguido desarrollándose, proliferando incluso, y que, para hacerse comprender, han procurado adaptarse cada vez más y mejor tanto a la cultura como a la teología de cada época. Lo mismo que han existido –según un esquema que se ha hecho ya célebre– diversos paradigmas eclesiológicos en la historia de la Iglesia, cada uno de los cuales ha traducido a su modo una parte de la riqueza siempre nueva y renovable del dato revelado, han existido también diferentes paradigmas de la espiri-

tualidad. Y así como detrás de los paradigmas teológicos (el de la iglesia primitiva, el bizantino, el latino-medieval, el de la Reforma y el de la Contrarreforma, el de la modernidad y tantos otros como sin duda se podrían encontrar) es posible señalar un cierto número de constantes que se remontan hasta los orígenes de la Iglesia, y que la acción incesante del Espíritu continúa suscitando en formas cambiantes, así también es posible determinar en las diversas espiritualidades, cada una de ellas con su vocabulario específico, un cierto número de constantes, de lugares espirituales, de experiencias fundamentales que en el fondo se asemejan y recapitulan el modo con el que el Espíritu de Dios guía a los creyentes habitualmente.

Esto no me impedirá citar de cuando en cuando textos antiguos, pero no lo haré para avalar una determinada escuela de espiritualidad. Soy monje cisterciense, y soy feliz siéndolo, pero si en algún momento cito a Bernardo de Claraval es únicamente para mostrar que, cuando se trata de lo esencial, todos los autores, aunque con diferentes lenguajes, afirman en realidad lo mismo. Si, por una parte, el Espíritu se adapta siempre maravillosamente a las características personales de cada individuo, y en cierta manera se puede decir que hay tantos itinerarios como creyentes, no deja de ser verdad, por

otra, que el esquema fundamental de la experiencia espiritual –eso que llamamos las «constantes»– no ha cambiado, y esto desde el principio, a partir de lo que nos ha transmitido la Escritura. Por tanto, será necesario prestar particular atención a aquello que la Palabra de Dios ha considerado necesario decirnos a este respecto.